



GUERRERO
Un pasado aciago

Un porvenir promisorio

Vicente Fuentes Díaz

México, 2000

GUERRERO

*Un pasado aciago.
Un porvenir promisorio*

GUERRERO

**Un pasado aciago
Un porvenir promisorio**

Vicente Fuentes Díaz

Contenido

<i>Periodistas de mis Tiempos</i>	17
<i>Causas del Atraso de Guerrero</i>	31
<i>Un Rezago Ancestral</i>	35
<i>Neri, Figueroa, Lavín...</i>	39
<i>Castrejón y el Reparto Agrario</i>	43
<i>Gómez Maganda, otra Tribulación</i>	47
<i>Preludio de Mejores Tiempos</i>	51
<i>¿Qué es Ahora Guerrero?</i>	55

Desperté a la vida política cuando México empezaba a recorrer un tramo muy sugerente de país en transformación. Era la etapa del cardenismo. Parecería que en ese lapso hicieron eclosión las potencialidades creadoras de la República gestadas a lo largo de muchas décadas, a la manera como crece un nuevo ser en el proceso de un singular desarrollo intrauterino. El parto no dejó de ser doloroso, pero resultó extraordinariamente fecundo. Ha sido, para expresarlo brevemente, el ciclo reproductivo de una floración social exuberante. Con este arranque el destino me depararía, en plena adolescencia, una experiencia irrepetible.

Así, durante varios años, pude ser testigo del desarrollo de la vida política de México. He sido, en cierto modo, actor de su devenir, aunque obviamente

en escala muy modesta, acorde con la sencillez de mi persona. Pero si en lo exterior he sido cosa pequeña, de un relieve apenas perceptible, he llevado interiormente, y muy intenso, el fuego de mis convicciones, de mi pasión, de mis preferencias y animosidades, exacerbadas varias veces, unas y otras, por la obra de Cárdenas, tan fuertemente que sacudió nuestra conciencia y nos reveló otra imagen de la vida de México. Se necesitó haber vivido en este tiempo para sentir, como ocurrió conmigo, la influencia avasalladora de la era cardenista. Si volviera a nacer y se me preguntara cómo quisiera vivir, no vacilaría en decir que del mismo modo, exactamente del modo sustancial en que he vivido. He conocido todo lo que la vida puede ofrecer a un hombre: anhelo, deseo, desprecio, desilusión, fracaso, éxito, esperanza incumplida y ambición satisfecha. ¿Podría exigir más? Además —y esto es lo que me llena a plenitud—, puedo con razón parafrasear a Erasmo: “Nada de lo humano me ha sido ajeno”.

Es posible que si hubiera vivido en otra época habría encontrado sensaciones diferentes y quizá extraordinarias. Quizá. No me lamento, ni mucho menos, de haber sido hombre de este tiempo. La circunstancia me llena de satisfacción y me alienta. Por

la misma razón me satisface sobremanera haber existido a lo largo del siglo veinte y pienso que en éste se ha dado lo esencial, lo más profundo de la condición humana. El futuro podrá conllevar cosas muy novedosas, pero sus raíces pertenecerán sin duda a nuestra época, así en lo material como en lo ideal. Creo difícil que en el futuro inmediato se arribe a metas sustancialmente distintas. Habiendo llegado el hombre a la Luna en esta centuria, ¿a dónde más podría arribar como explorador de lo que tiene a su alcance? Y, sin embargo, tiene en lo porvenir un itinerario fascinante. La cláusula hegeliana de que lo necesario es forzosamente lo ideal, abre al hombre, quién sabe por cuánto tiempo, una perspectiva infinita de intuición y conocimiento.

El siglo veinte ha sido, según lo veo, el resumen sustancioso de lo vivido por los mexicanos y el anticipo de un porvenir de gran resplandor, insospechado por la carga inescrutable que encierra. Creo en la potencia creadora de lo que hemos sido y en sus anuncios prometedores. Del pasado sólo me gustaría que se reprodujera en lo poético el canto de Sor Juana; en lo historicista la sabiduría de Justo Sierra; en lo científico la curiosidad indagadora de José Antonio Alzate; en lo pictórico la honda interpretación

estética que va de José Guadalupe Posada a Diego Rivera, y en lo político la intrepidez de Francisco I. Madero hasta la modernidad de Lázaro Cárdenas y Adolfo López Mateos. Tales han sido, a mi juicio, la máxima creación individual y colectiva de México hasta nuestros días.

La vida me llevó por dos caminos que tienen mucho, paradójicamente, de antitéticos y coincidentes: el magisterio y el periodismo. Algo los identifica, sin embargo, hasta hermanarlos: la prédica de la verdad. Cuando uno u otro pierden esta virtud devienen en un filisteísmo deplorable.

Para completar esta ficha autobiográfica, más por exigencia del texto que por reclamo personal, debo decir que nací en Chilpancingo, una semirústica población de no más, entonces, de tres mil habitantes, asentada en una cañada de regular dimensión, entre dos estribaciones de la Sierra Madre del Sur, en un espacio que fue de gran fertilidad hace tiempo, según se sabe, pero devino áspera y tepetatoso, por obra de la erosión, cuando abrí en ella los ojos al mundo. Así pude comprobarlo al cobrar conciencia de mi entorno. Si la Naturaleza se mostró precaria con mi humilde ciudad natal, no así la Historia, que volcó en ella, con prodigalidad, sus dones fecundos,

haciéndola punto clave de jornadas singulares, sobre todo en el siglo XIX.

Allí tuvo lugar la primera Asamblea Legislativa de México y quizá de América Latina, el Congreso de Anáhuac, en 1813, cuando la figura de José María Morelos empezó a asumir estatura gigantesca. Ahí surgieron los Sentimientos de la Nación, acta de nacimiento de un país que emergía a la vida autónoma con una firme vocación de libertad y en donde el héroe insurgente cobró dimensión colosal. Allí, en 1854, se aposentó Benito Juárez, procedente de la costa suriana, donde había asistido, bajo la tutela patriarcal de don Juan Álvarez, a la proclamación del plan de Ayutla, premisa de la revolución liberal del siglo pasado.

Por cierto que la casa donde se hospedó en Chilpancingo el hombre de Guelatao, en lo que ahora es la avenida Guerrero, ostentó una placa alusiva que pasaba inadvertida a los ojos de la población, pero que a mí, desde la adolescencia, me gustaba ver una y otra vez, sin haberme explicado entonces la causa de mi curiosidad. Ya formado, varios años después, volví a Chilpancingo y acudí presuroso al inmueble donde estuvo la placa, pero ésta había desaparecido, seguramente cuando se modificó la fa-

chada de la casa, al ser ésta habitada, con el anexo de una botica, por el doctor Fortunato Silva, chilapeño de prosapia, allá en los finales de la década de los veinte.

Dos elementos esenciales le dieron a Chilpancingo su peculiar fisonomía física y urbana: el hermoso palacio de gobierno, construido en los años ochenta de la centuria pasada por el gobernador Rafael Cuéllar, tlaxcalteca de origen, y un frondoso laurel de la India que lucía su enorme copa redondeada en el atrio de la iglesia parroquial, árbol de gran tamaño sembrado a principios de siglo, según testimonio de un ilustre chilpancingueño, don Alberto Vázquez del Mercado, integrante que fue del grupo intelectual de los Siete Sabios. Por cierto que para gloria de Guerrero, y en especial de Chilpancingo, dos hombres de esta ciudad formaron parte del renombrado grupo universitario: el propio don Alberto y don Teófilo Olea y Leyva (de éste se ha dicho que fue morelense). Fui amigo y tuve el privilegio de cultivar la amistad de Vázquez del Mercado, no así la del segundo, a quien nunca traté.

Me sentí ligado emocionalmente a Vázquez del Mercado porque habiendo sido presentado con él hacia 1964 por el abogado Emigdio Martínez Ada-

me, me dispensó la gentileza de comer conmigo en varias ocasiones. Lo hacíamos en el restaurante “Prendes”, de la calle 16 de Septiembre, en la ciudad de México, un sitio frecuentado por políticos, altos funcionarios, escritores, periodistas y gente ligada a las letras, a la judicatura y, en general, al mundo oficial. Compartir la mesa con don Alberto y disfrutar de su charla ilustrativa y amenísima era un verdadero privilegio. Además de su amplísima cultura jurídica, hacía gala de su conocimiento de la vida y milagros de los hombres y las mujeres más conocidos de México, entre quienes figuraban clientes suyos que habían acudido por algún negocio a su prestigiado despacho.

 Mi distinguido amigo era erudito y, además, implacable con los simuladores de toda laya. Escuchándole aprendía uno, en varias materias, lo que ningún libro enseñaba. Vázquez del Mercado, con su inigualable probidad, había renunciado en los años treinta al cargo de Ministro de la Suprema Corte, a raíz de algún desmán gobiernista, y esto aumentó el renombre de que justamente disfrutaba. Dejé de verlo algún tiempo, absorbido como yo estaba por mis tareas cotidianas, cuando sorpresivamente supe de su fallecimiento, del que no se hizo ninguna pu-

blicidad porque él así lo dispuso en vida. Lamenté en verdad lo ocurrido.

Siempre recordaré las tardes luminosas del Valle de México cuando habiendo almorzado juntos en una céntrica fonda solíamos caminar por Madero, Gante y 16 de Septiembre, inmersos en conversaciones que yo deseaba que se prolongaran para escuchar de sus labios, entre expresiones eruditas, relatos amenísimos que me enseñaron mucho más que varios libros juntos. Mi aprecio y admiración hacia él aumentaban a diario, sobre todo después de haberme enterado que fue tenido como el primer procesalista de América y que sus opiniones eran requeridas de otros países, especialmente Italia, a donde había trascendido su enorme prestigio. Pero me he desviado mucho y no he podido evitar los destellos evocativos.

Este volumen contiene la remembranza de episodios esenciales vividos a lo largo de los años y que aquí me he propuesto reseñar sin orden ni concierto, tal y como han venido a mi memoria. No hay en ellos jerarquía ninguna de trascendencia, ni propiamente rigor cronológico. Quizá en la espontaneidad del relato radique su única virtud. Los lectores, si los hay, juzgarán. Sí puedo decir que en ninguno

de ellos hay sombra de adulteración, ni arreglo literario surgido de ninguna conveniencia menor, ni más motivación que la nacida del ejercicio genuino de lo que ha sido y será una parte esencial de mi vida, o sea, exponer a mi manera lo que he vivido y lo que he visto transcurrir en innumerables ocasiones. Podría terminar este breve capítulo con una paráfrasis de Justo Sierra: si estas líneas contuvieran algún falseamiento, sería tanto como ofrecer a los besos de mis hijos una frente manchada con la impostura.

Periodistas de mis Tiempos

En el transcurso de los años he guardado vivamente el recuerdo de los periodistas a los que conocí en los primeros años del que sería y es el oficio de mi vida. A varios de ellos los conocía de tiempo atrás porque de adolescente leía sus notas y reportajes, relativos a los deportes y a los toros, aficionado como fui a esas destrezas. Me sedujeron sobre todo las reseñas taurinas, escritas por quien fue, y ha sido posiblemente, el máximo exponente literario de esa rama: Carlos Quiroz, "Monosabio". Fue éste un dechado de sabiduría en su materia. Escribió "Mis veinte años de torero", la autobiografía de Rodolfo Gaona, un libro muy ameno que yo devoré de joven tomándolo de las pertenencias de mi hermano mayor, quien quiso ser torero y era devoto lector de

cuanto se publicaba sobre toros. Perdí esa obra y no he vuelto a tenerla en mis manos, pese a que la he buscado afanosamente, como una joya extraviada. Mis viejos amigos, los vendedores de libros antiguos de La Lagunilla y otros expendios, de cuyas manos he obtenido muchas rarezas bibliográficas, no han podido conseguírmela. De Quiroz, su autor, he sabido que fue, allá en los años veinte, un relevante cronista parlamentario, miembro de la redacción de *El Universal*, en donde solía escribir con una pistola al lado de su máquina porque se había creado riesgosas enemistades con sus críticas implacables. Leí a “Monosabio” con avidez en el periódico especializado *La Afición*, fundado por él mismo a principios de los años treinta. Era un maestro de la crónica taurina.

Circunstancias de mi vida me hicieron un asiduo asistente a la fiesta de los toros. He visto a grandes lidiadores que han desfilado por nuestros cosos, incluido Rodolfo Gaona, a cuya despedida asistí de niño, llevado de la mano de mi padre, y de cuya figura guardo un borroso recuerdo. Allá por 1949 lo volví a ver en la plaza México, ya él como simple espectador, tocado con un sombrero cordobés. Me pude explicar por qué fue un astro de la to-

rería. Tenía una personalidad extraordinaria que atraía todas las miradas, aún muy maduro de edad como ya entonces estaba. De su vida supe varias anécdotas, singularmente narradas por un viejo periodista que lo conoció de cerca y hasta creo que fue su compadre, don Juan Escamilla, a quien llamábamos “El Matador”, tipo pintoresco y buen charlista, aunque propenso a irritarse cuando alguien discrepaba de sus palabras.

Ingresé al periodismo, después de algunos intentos no plenamente realizados por falta de tiempo, y quizá de disciplina, a principios de 1945. Lo hice en el diario *El Popular*, fundado en 1938 por Vicente Lombardo Toledano como órgano de la CTM, pero transformado después en un cotidiano de información general. Fue un rotativo modesto pero que dejó huella por su combatividad y adhesión a la causa revolucionaria. Conocí entonces una pléyade de viejos periodistas y alguno que otro joven, dotados todos de un profesionalismo notable y una honestidad a toda prueba. No se conocían entonces las grabadoras, de modo que tenían que ingeniárselas para tomar nota y no perder nada de lo esencial, de sus entrevistas, como no lo perdían. Fue admirable ese grupo.

Algunos venían de la época de *El Imparcial*; otros de *El Demócrata*, de *El Heraldo* (1919) y de varias publicaciones posteriores. Además de su gran profesionalismo, eran estupendos charlistas. A varios de ellos les oí referir pasajes interesantísimos de los años veinte y treinta. Yo les profesé respeto y admiración, y siempre los recuerdo vivamente. Mencionaré a los que más traté:

GUSTAVO CASTAÑARES (*Excélsior*). Hombre ya de edad. Le decíamos “Maestro” porque daba clases en el Politécnico, y, además, por sus crónicas insuperables de la vida parlamentaria.

GILBERTO RUVALCABA (*El Nacional*). Era conocido como “El Vate” por su inclinación a la poesía. También fue un buen cronista parlamentario.

FEDERICO BARRERA FUENTES (se inició en *El Nacional* y luego pasó a *La Prensa*). Aún vive. Un periodista de los pies a la cabeza, con una prodigiosa memoria que le hace recordar tiempos y personajes con fidelidad asombrosa.

JOSÉ G. ESCOBEDO (*El Nacional*). Zacatecano. Llegó a la Cámara de Diputados como corrector de pruebas. Después fue encargado de la fuente obrera. Serio, disciplinado y laborioso como el que más.

LEOBARDO BUSTILLOS (*El Universal*). Le decían “El Chino”, quizá por una rizada cabellera que debió haber lucido de joven. Era inseparable de Escobedo en los avatares de la fuente obrera. Hombre cordial y generoso como pocos conocí en el gremio.

ROBERTO Y LEOPOLDO RAMÍREZ CÁRDENAS (*La Prensa*). Excelentes reporteros. Roberto cubría la fuente legislativa; Leopoldo atendía la información de varias dependencias.

PATRICIO HEALY (*Novedades*). De origen irlandés. Eficiente y caballeroso. Se le identificaba por su inseparable pipa.

PABLO SÁNCHEZ (*Excélsior*). Hombre entrado en años. Un tanto nervioso, de pocas pulgas, pero muy trabajador. Narraba graciosamente algunas anécdotas suyas de los tiempos de Obregón.

MANUEL BASTERRA MELLADO (*La Prensa*). Tipo también nervioso, agresivo a veces, pero buen reportero. Solía llevar consigo una navaja “para lo que se ofreciera”.

HÉCTOR PÉREZ MARTÍNEZ (*El Nacional*). Gran periodista y buen historiador. Lo conocí de lejos. Se encumbró en la política hasta llegar a ser Se-

cretario de Gobernación en el gobierno de Alemán. Un infarto cortó su vida y su carrera periodística y política.

RODOLFO DORANTES (*El Popular*). Aparentemente de bruscas maneras, pero generoso y cordial. Otro grande del periodismo.

CARLOS VIOLANTE (*El Universal*). Tipo peculiar. No hacía grupo con nadie, pero dominaba la taquigrafía y ello le daba evidente ventaja sobre sus colegas. Murió en un accidente de aviación cuando viajaba a reportear la inauguración de la presa Falcón.

HUMBERTO VALENCIA SOLÍS (*El Universal*). Chaparrito y pintoresco. Algo quisquilloso. Era el primero en entregar sus notas, todas bien trabajadas.

LUIS CANO (*Excelsior*). Trabajador infatigable. No tenía muchos amigos, pero su laboriosidad lo sacaba avante.

JOSÉ G. MORALES, "La Tartana". Había sido en su tiempo un magnífico reportero, testigo de hechos sobresalientes. Presenció el asesinato de Obregón en "La Bombilla". Alejado del diarismo, al final vendía planas de alguna revista.

LUIS BARRERA FUENTES (*Ultimas Noticias*). Hermano de Federico. Magnífico reportero de la “fuente” política. Muy ideativo. Como gozaba de libertad para escoger temas, sus reportajes y entrevistas eran variados, amenos y aun jocosos. Era tremendamente irónico, y entre los personajes a quienes más satirizaba se incluía a Francisco Galindo Ochoa, vocero del PRI, y de quien hacía sarcasmos indecibles.

JOSÉ TORRES (*La Prensa*). Le decían “El Burro”. Tipo agudo y pintoresco como pocos. Se tuteaba con ministros y elevados políticos, quienes lo respetaban por su honestidad y talento.

FERNANDO RAMÍREZ AGUILAR, “Jacobito Dalevuelta” (*El Universal*). Una institución en el periodismo. Venía desde *El Imparcial*. Vivió y murió pobre, como casi todos a los que traté.

ARMANDO GONZALEZ TEJEDA (*La Prensa*). “El Bolchevo”, así apodado por sus ideas radicales. De fuerte carácter, pero cordial en el fondo. Buen periodista.

RAMÓN ARISTI (*La Prensa*). Tipo de leyenda. También se tuteaba con los políticos encumbrados. Buen cronista parlamentario.

JUAN GARCÍA (*El Universal*). Apodado “El Chisguete”. Era adusto, de carácter agrio, pero dominador del oficio.

MAGDALENA MONGRAGÓN (*La Prensa*). Mujer guapa en su juventud. Excelente reportera. No perdía una información.

ELVIRA VARGAS (*El Nacional*). Talentosa mujer. Escribió, como Magdalena, un par de libros que me obsequió y conservo en mi biblioteca.

ANTONIO FLORES MAZARI (*El Popular y El Universal*). Cronista mediocre de fútbol. Hasta la fecha, dada su incultura, ignoro cómo llegó a ser Senador. Fue intemperante con todos los que laborábamos a su lado. Por su corpulencia física lo llamábamos “El Mastodonte Primitivo”.

FRANCISCO ARMAND (*La Prensa*). Todo un profesional, respetado por todos.

BENJAMÍN VARGAS SÁNCHEZ (*La Prensa*). Áspero, agresivo, medio acomplejado. Buen periodista y cronista taurino bajo el seudónimo de “Juan Gallardo”. Todo lo reunía a la vez.

MANUEL ESPEJEL (*La Prensa*). Era buen reportero, pero su carácter le vedaba tener amigos.

EDUARDO TÉLLEZ VARGAS (*Novedades*). “El Güero”, como se conocía, se especializó en la

crónica policiaca, en la que fue muy eficaz. Medio mandado con sus bromas, pero buen amigo. Reporteó casos sensacionales en la vida de México. Nunca negó que había sido cristero.

EUGENIO MÚZQUIZ (*El Popular*). Periodista desde muy joven. Inhibido casi todo el tiempo, pero muy responsable y buen amigo.

ALBERTO MORALES JIMÉNEZ, “El Canelo” (*El Nacional*). Además de magnífico reportero fue acucioso historiador. Tuvo la biblioteca pedagógica más grande de México. Bromista. Irónico. Murió al ser víctima de un asalto.

SALVADOR DEL RÍO (*ABC*). Excelente periodista y excepcional amigo. Desbordó el oficio informativo para convertirse en un tratadista político. De lo mejor que ha dado el periodismo nacional.

JESÚS M. LOZANO, llamado “el Bobo”. Y vaya que lo era, pero buen reportero a pesar de todo. Para recibir una modesta gratificación de la policía (caso excepcional) se presentaba uniformado a pasar revista.

ANTONIO PRIETO (*El Popular*). Muy trabajador. Magnífico reportero. Obsecuente amigo.

ROGELIO CÁRDENAS (*Excélsior*). Tomó el lugar del maestro Castañares. Tan cordial amigo

como buen periodista. Creó en *Excélsior* la columna "Frentes Políticos", ágil, amena, oportuna.

RENÉ TIRADO FUENTES (*Excélsior*). Vestía como un dandy. Cubrió mucho tiempo la fuente diplomática. Quiso incursionar en la política en su estado natal, Puebla, pero la suerte no lo favoreció.

ARTURO RODRÍGUEZ BLANCAS (*Novedades*). Tipo incisivo y muy cordial. Excelente periodista. Claridoso, pero sincero.

CIRINO PÉREZ AGUIRRE (*Novedades*). Un alma de Dios. Hacía y aceptaba bromas de todo mundo. Buen reportero. Era apreciado de todos.

FLORENCIO ZAMARRIPA (*Novedades* y *El Día*). Nervioso. Inquieto. En un movimiento de huelga en *Novedades* tuvo la mala ocurrencia de matar al director del diario, Ignacio Herrerías. Mancha negra en su vida que, sin embargo, no empañó sus virtudes de padre y amigo. Murió de un infarto, joven aún.

JORGE JOSEPH (*La Prensa*). Fue inicialmente líder obrero. Un accidente automovilístico le produjo una fuerte lesión cerebral con secuela permanente. Fue presidente municipal de Acapulco con el apoyo del presidente López Mateos. Desencadenó, sin proponérselo, la lucha popular en Guerrero

contra el gobernador Raúl Caballero Aburto, desaforado por el Congreso después de una terrible matanza en Chilpancingo.

CARLOS VILLENAVE (*La Prensa*). El más agresivo de los periodistas que conocí. Solía portar arma blanca. Había sido autor de "sketchs" en revistas de teatro, con buen éxito. Cuando lo traté estaba retirado del periodismo.

GUSTAVO CARRERO (*Diario de México*). Excelente periodista. Claridoso, pero cordial amigo. Fue un experimentado reportero político.

JUAN MANUEL BERLANGA (*El Popular*). Llegó a ser diputado federal tras de haber cubierto, durante mucho tiempo, la fuente política. De espíritu muy jovial, traía siempre la sonrisa a flor de labio. Fue embajador en Rumania.

RAÚL HORTA (*Excelsior*). Sus maneras elitistas le apartaban del gremio. Acabó por ser próspero publicista.

ANTONIO VARGAS McDONALD (*Siempre, ABC*). Un antiguo periodista, actor de mil batallas en las lides de la prensa, además de haber sido político militante. Su estilo incisivo lo llevó a ser un temible polemista en el campo del periodismo político.

ENRIQUE PASO (*Últimas Noticias de Excelsior*). "Pasito" era, ante todo, un fraternal amigo. Muy observador, escribía notas bien trabajadas. Parecía sonreír siempre.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA (*El Nacional, Siempre*). Se inició, con el seudónimo de "Pioquinto", como un excelente cronista de fútbol y de toros. Hombre de cultura y de estilo pulcro, militó en un tiempo en la oposición. Fue diputado federal y gobernador de San Luís Potosí. Apasionado defensor de Lázaro Cárdenas.

JOSÉ PÉREZ MORENO (*El Universal*). Surgió como reportero cuando, siendo estudiante, llevó a ese periódico la crónica de un motín estudiantil en 1929. Trató de incursionar, sin éxito, en la política.

CARLOS CATALÁN FUENTES. Inició su carrera periodística en *ABC*, bajo la dirección de Federico Barrera Fuentes. Laboró en *Prensa Latina* y en *La Prensa*. Dinámico y limpio reportero.

JOAQUÍN SANCHÍZ NADAL (*Novedades, Editores de los Estados*). Procedía de la inmigración republicana española. Reportero cumplido y laborioso. Excelente amigo.

LUIS SUÁREZ (*Siempre, Excelsior*). Excelente reportero. Hizo de la entrevista una especiali-

dad notable. También procedía de la inmigración republicana española y ha sido siempre congruente con sus ideales democráticos.

VICENTE LASCURAIN (*Asociación de Periódicos Independientes, El Nacional*). Procedía también de la inmigración republicana española. Periodista político y experto en el formato y en la organización interna de los medios informativos.

RAMÓN ROSSÁINZ (*El Popular*). Reportero modesto, pero muy eficaz. Era el primero en entregar sus notas, siempre bien trabajadas.

REYNALDO SALAZAR (*El Popular, ABC*). Llegó a ser todo un experto en la fuente policiaca. Hombre modesto y hasta cierto punto inhibido. Fue ajeno a todo conflicto personal, lo cual hizo que con su compañerismo se ganara el afecto de sus colegas.

MANUEL BUENDÍA. Se inició como reportero de la fuente policiaca hasta llegar a ser uno de los mejores columnistas de México. Fue director de prensa y funcionario de la Comisión Federal de Electricidad, CONACyT y el Departamento del Distrito Federal.

Hasta aquí lo que he podido recordar. Quizá dejó varios nombres en el tintero. Lo lamento. Debo

reiterar que los ya mencionados tuvieron dos innegables virtudes: profesionalismo auténtico y honradez. Su ética fue invariable. Los actuales periodistas, en lo general, no hacen precisamente honor a las mejores tradiciones del gremio.

Causas del Atraso de Guerrero

Entro ahora, tras un preámbulo prolongado, a la materia sustancial de estas páginas. El deplorable atraso que vive Guerrero, proviene de varios factores, unos de carácter histórico, fruto de un contrastante devenir nacional, otros de circunstancias actuales, resultantes de nefastos intereses personales y facciosos que han sentado allí sus reales. Unos y otros, enlazados en un entrecruzamiento sui géneris, conforman un cuadro que causa profunda desazón.

Hace pocos días (escribo estas líneas a fines de marzo del año 2000) visité una parte de la llamada Costa Chica, franja comprendida entre Acapulco y la línea limítrofe con Oaxaca. Confieso que hacía por lo menos tres años que no lo hacía y mi impresión no pudo ser más pobre. A mi vista se reprodujeron, sin variación, las antiguas escenas que había captado en recorridos anteriores, como esa aglome-

ración desordenada y paupérrima de viejas casas, ruinosas no pocas de ellas.

En San Marcos, por ejemplo, primer punto de mi incursión, observé el mismo antiquísimo caserío de teja, las mismas calles abandonadas y la misma gente macilenta que había visto en viajes anteriores. La calle principal sigue siendo, de hecho, la carcomida carretera federal que une Acapulco con Ometepec, y que divide en dos la población. La única novedad lugareña es el hotel, modesto, pero acogedor, de factura más o menos reciente, erigido por un antiguo y estimado amigo mío, don Efrén Gutiérrez, emprendedor sanmarqueño que abandonó un buen negocio en la ciudad de México para reinstalarse en su solar de nacimiento y sumarle su aporte constructivo.

Este amigo Efrén, dicho sea de paso, me hizo hace años una jugarreta inofensiva y cordial que me produjo un pasajero dolor político de cabeza, pero que ahora recuerdo con buen ánimo. Realizaba yo mi campaña electoral para senador de la República cuando se me ofreció en San Marcos un almuerzo típico, organizado por dos excelentes amigos, el propio Efrén Gutiérrez y Mario Navarrete, ambos nativos del lugar. Obvio decir que acepté gustoso y que la reunión fue por demás animada. Yo sentía

que me abría paso en una región que para mí era entonces políticamente conocida a medias.

Pero al regresar a Chilpancingo y hacerle una visita al entonces gobernador, Caritino Maldonado, fui objeto, de parte de éste, de una reconvención amistosa cuyo tono fue trasunto de nuestra antigua relación en la Escuela Nacional de Maestros. Yo no la habría aceptado en otros términos porque ni Caritino era mi jefe ni de nadie admito, ni admitiré, una reprimenda fuera de tono, sólo aplicable a un muchacho malcriado, así hubiese incurrido yo en algún error político. Admito la crítica bien fundada, las rectificaciones y los consejos, siempre que se hagan en tono adecuado, pero no cualquier clase de reconvenciones y menos en tono de acritud. De ahí que yo haya sentado fama de quisquilloso, con la que sin duda me iré a la tumba.

—Ya supe —me dijo Caritino— que te andas reuniendo con algunos caciques. Eso, Vicente, va acabar por dañarte más de lo que piensas. Se refería a la presencia, en el desayuno que me fue ofrecido en San Marcos, de dos costeños con fama universal de matones, apodados grotescamente “El Animal” y “El Sanatón”, a quienes yo ni siquiera conocía de vista y quienes fueron ubicados, efectiva-

mente, a ambos lados del asiento que se me asignó. De ninguna manera negué lo ocurrido y le manifesté a Caritino que mi escasa relación con la gente de San Marcos me había efectivamente puesto en esa tesitura, pero que él, como político avezado, debía entender que uno estaba expuesto en una campaña electoral a esas vicisitudes, y que en esa visita mía a la población, la primera que hacía al lugar, no estuve en condiciones, como no podía estarlo, de sentarme en sitio alejado de los dos repudiados pistoleros. Subrayé, subiéndole el tono de mi voz, que nadie en Guerrero, ¡nadie!, podía identificarme como afín a ningún coterráneo con imagen de cacique y menos de criminal. El “Jefe Cari”, como afectuosamente le llamábamos, estuvo de acuerdo en lo que le dije, y me sugirió que tomara las providencias del caso en circunstancias similares para evitarme problemas. Así lo hice y me dio excelentes resultados.

Un Rezago Ancestral

Pero apenas empiezo a pergeñar estos conceptos y ya me he desviado. Vuelvo a lo que dije al principio. Reitero que el atraso histórico de Guerrero ha obedecido en gran parte a deformaciones de nuestro desarrollo nacional, mismas que en el sur han adquirido, de siempre y en varios aspectos, aun hasta la fecha, rasgos por demás perniciosos y de no fácil solución.

¿Cómo explicar el rezago histórico de mi Estado? A lo ya aseverado diré que el fenómeno se agravó en virtud de su incomunicación externa e interna, dificultada por una topografía inaccesible. Hasta la década de los cuarenta Guerrero estuvo unido territorialmente con la capital de la República, y por ende con el resto del país, a través de un solo camino, el de México-Acapulco, en su mayor parte

de inadecuado trazo y de pésima terracería; muy sinuoso en su tramo sur y con el riesgósimo ascenso a Taxco, tan estrecho y peligroso que era entonces casi una temeridad recorrerlo de punta a punta. Bastaría decir que era el antiguo camino de herradura trazado siglos atrás por el opulento minero don José de la Borda para transportar a Cuernavaca y a la ciudad de México la producción minera local. La ruta que conducía al renombrado puerto del Pacífico, era, pues, una especie de resquebrajada columna vertebral, toda ella deforme y que fue planeada, por lo visto, en tramos inconexos, apenas ligados entre sí por segmentos irregulares, empinados y de anchura diversa en los que a veces se tropezaba con la montaña desafiante o se transitaba al lado de la barranca abismal. Se carecía además de fuentes de trabajo como no fueran las derivadas de una estructura primitiva de tipo semifeudal, asiento de una agricultura atrasada de tipo prehispánico.

Fue la mano justiciera de Lázaro Cárdenas la que, tendiéndose en el escabroso panorama guerrereño, empezó a modificar con generosa visión aquel conjunto estático en el que el rezago de siglos, la miseria ancestral, el desamparo y la desesperanza dominaban con su nota pétrea y fatídica la enorme

desolación de siglos. Con la acción del estadista michoacano la entidad empezó lentamente a levantarse de su modorra, estiró los músculos e inició el proceso que ha empezado a liberarla de su postración.

Guerrero era atravesado por quienes se dirigían a Acapulco mediante un recorrido que llevaba, cuando bien le iba al viajero, alrededor de diez horas. Era una incursión difícil y larga, y no obstante la belleza del puerto empezó éste a ser conocido, pese a sus grandes atractivos, por soeces calificaciones que no correspondían a su entorno cada vez más gustado. La áspera topografía dificultaba la comunicación interior y el aislamiento producía cacicazgos opresores y bárbaros.

Mientras tanto, y debe aceptarse esto sin tapujos, el guerrerense fue visto al través de una lastimosa óptica deformada ajena al análisis riguroso de sus condiciones de vida. Se le creyó montaraz, proclive al vicio y la pendencia, incapaz de ser elemento positivo, sólo inclinado por naturaleza, y casi por atavismo, a constituirse en un tipo rebelde e inestable cuya desviación se resolvía en reyertas personales y en “derrocar gobiernos”, así éstos demostrasen su afán de trabajo.

Podría hacerse un resumen cronológico de la apachería mental que atribuye a mis paisanos tendencias negativas resumidas con estridencia en gobiernos pasajeros y débiles, cuyo aniquilamiento parecía ser la obstinación política suprema de los guerrerenses.

Neri, Figueroa, Lavín...

Algo diré de su pasado remoto, pero ilustrativo. Rodolfo Neri, gobernador constitucional en 1923, mandatario de lo que parecía una etapa prometedora, acabó por sufrir los embates de una rebelión ponderada como inevitable en la historia estatal. Neri fue obligado en cierto momento a abandonar Chilpancingo cuando el profesor Urbano Lavín, trepándose en las ancas del caballo subversivo del general Rómulo Figueroa, delahuertista levantado en armas, llegó hasta la sede del gobierno legal y expulsó al mandatario legítimo. Neri obviamente no renunció. Salió con los poderes estatales rumbo a la Sierra Madre del Sur y llegó hasta la ciudad de México para entrevistarse con el presidente Obregón, al que fue invariablemente leal. El alto mandatario federal le dio todo su apoyo y le recomendó que tuviera pa-

ciencia. Las cosas, le dijo, iban a cambiar. Y en efecto cambiaron. La rebelión delahuertista, anárquica, sin cabeza directora y sin estrategia nacional, y además sin objetivos diáfanos, fue derrotada en pocos meses.

El usurpador Lavín acabó por tirar la toalla y abandonó sin pena ni gloria la sede del gobierno estatal, en la que poco después se reinstalaría el gobernador Neri, quien, como ya le correspondía, convocó en su momento a elección de gobernador. Triunfó democráticamente, en una magnífica jornada política, el general Héctor F. López, derrotando al licenciado Adolfo Cienfuegos y Camus, tixtleco estimado en la entidad, pero sin la fuerza política de su contrincante. Poco tiempo después de haber asumido López el poder, llegó a Guerrero, como Jefe de Operaciones Militares, el nefasto general Claudio Fox, todavía con las manos tintas en sangre por su "hazaña de Huitzilac", donde inmoló al general Francisco R. Serrano y sus acompañantes. Fox se sintió el amo de Guerrero y entre sus tropelías se dedicó a exigirle dinero al gobernador Héctor F. López y a tratar al Estado como una ínsula de su propiedad. El gobernador López, hombre bueno, pero débil e inexperto, no resistió las exigencias de Fox y acabó por abandonar

el gobierno, a cuyo frente fue designado un militar serio y respetado, el coronel Enrique Martínez, adicto al ya influyente general Joaquín Amaro, y quien en su breve interinato emprendió obras útiles como el nuevo mercado de Chilpancingo, en sustitución de un viejo galerón anacrónico e inservible.

Tuve oportunidad, ya transcurridos algunos años, de hacerme amigo del exgobernador López y de concurrir de vez en cuando a su antigua casona de Tacubaya, semioscura y apuntalada en varias partes, donde charlé con él durante horas y horas. Me mostró algunas páginas del original manuscrito de sus Memorias, que ojalá se puedan reproducir algún día. Hablan de sus vicisitudes y cubren, en un relato ameno, la descripción de un lapso muy interesante de la vida de Guerrero.

Castrejón y el Reparto Agrario

En un clima político tranquilo fue electo gobernador, a fines de 1928, el general Adrián Castrejón, antiguo zapatista, oriundo de Apaxtla, y quien, entre otras cosas, dio buen impulso a la educación pública con la ayuda del profesor Rafael Molina Betancourt. Fue Castrejón, aunque en una relativamente pequeña escala, quien empezó a distribuir la tierra en Guerrero. Lo hizo con métodos rudimentarios, pero llevado del afán de hacer justicia a los hombres de campo.

Estaba escrito, sin embargo, que Guerrero debía ser presa de turbulencias. Como el gobierno de Castrejón sufrió los efectos locales de la crisis económica mundial de 1929, agravados por el ancestral atraso del sur, no pudo realizar una mayor obra constructiva, amplia y perdurable, aunque, cuando

menos, pagó con puntualidad los sueldos de la burocracia local, casi siempre retrasados y causantes de permanente desasosiego.

El radicalismo agrario de Castrejón no fue del agrado de los gerifaltes de la política nacional, y uno de éstos, el general Manuel Pérez Treviño, optó por apoyar en la siguiente elección, como candidato a gobernador, al general Gabriel R. Guevara, hombre sin mayores merecimientos ni capacidad para el cargo, aunque con una simpatía personal nacida de su carácter festivo. El caso fue que se le recibió sorpresivamente en Chilpancingo como a un verdadero prócer no obstante su estatura política menor. Obviamente la administración guevarista fracasó al fin y al cabo, tanto por las limitaciones de su jefe como por carecer de un verdadero programa, así fuese elemental, que cuando menos empezara siquiera a levantar al Estado de su crónica postración. Caído Guevara por su debilidad fue sustituido por el licenciado José Inocente Lugo. El ya presidente Lázaro Cárdenas, urgido de consolidarse políticamente en su distanciamiento con Calles, no había tenido más remedio que apoyar primero al general Alberto F. Berber, de quien no se tenía buen recuerdo cuando formó parte de una corporación militar que había

acampado en la entidad hacía varios años, y además porque el repudiado mandatario fue apoyado por varios militares amigos encabezados por Vicente González Fernández.

Berber no se pudo sostener y lo sustituyó un militar de buenos antecedentes, no muy conocido, pero quien pronto ganó el aprecio público: el entonces coronel Rafael Catalán Calvo, artífice de un gobierno modesto, pero merecedor de la confianza popular. A Catalán Calvo lo sustituyó, en una pacífica elección, el general Baltasar R. Leyva Mancilla, hombre de suaves maneras que le dio un buen respiro a Guerrero, como lo había hecho su antecesor. Su gobierno fue el primero de seis años, y aunque por razones económicas no fue ni podía ser muy constructivo, sí conquistó el apoyo general. Se demostró con estos dos mandatarios que a pesar de la precariedad económica del Estado la paz y la confianza se mantienen cuando el rector de la política local es hombre de buenas maneras.

Gómez Maganda, otra Tribulación

No ocurrió lo mismo con el gobernador Alejandro Gómez Maganda, quien entre otros errores, llevado del deseo de blasonar innecesariamente de su estridente alemanismo, acabó por malquistarse con el presidente Ruiz Cortines, cuya tolerancia no soportó más los errores y los alardes del mandatario local, y se vio obligado a promover la desaparición de poderes en el Estado para colocar en su lugar a un gobernador de diluida figura, Darío L. Arrieta, quien cuando menos fue hombre equilibrado y entregó el mando en 1957 al general Raúl Caballero Aburto, un desconocido prácticamente en la entidad. El final de este gobierno fue rubricado por la sangrienta matanza del 30 de diciembre de 1960 en la ciudad de Chilpancingo, cuando la tropa federal, pésimamente mandada, hizo una masacre con inermes guerreren-

ses que protestaban en Chilpancingo contra el gobernador.

Depuesto Caballero Aburto la institucionalización de la maltrecha vida guerrerense pareció reiniciarse con el gobierno del recto abogado Arturo Martínez Adame. No duró mucho el gozo. El nuevo gobernante apenas restañó las heridas causadas por Caballero y sofocó los ánimos enardecidos por el gobierno depuesto, cuando el incendio político pareció propagarse. No tuvo tiempo para más.

El trágico bailoteo tenía sus paréntesis, pero luego recobraba fuerza y volvía a estremecer al Estado. El drama guerrerense parecía no tener fin, y un juicio superficial, mantenido por la prensa amarillista, hacía latente la amenaza de nuevos trastornos.

Las tribulaciones de Guerrero, de esa manera, no parecían concluir. La conmoción producida por el sangriento capítulo del 30 de diciembre de 1960, fruto de la incapacidad de Caballero Aburto, constituyó tan brutal sacudida en la entidad, que sólo la suavizada acción de un buen guerrerense, el abogado Arturo Martínez Adame, hombre reposado y conciliador, detuvo lo que parecía una debacle interminable. Lo peor fue que el tiempo se echaba encima y las crisis políticas sucesivas prolongaban el caos.

Todavía Guerrero hubo de sacudirse por hechos lamentables. Bajo el gobierno de Raymundo Abarca Alarcón la entidad se estremeció con la matanza de copreros en Acapulco, en 1967, y el surgimiento de una guerrilla encabezada por Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas, la cual hizo su presa principal, secuestrando durante más de cien días, al ingeniero Rubén Figueroa. La zozobra y el temor cundían en muchas partes. Figueroa, de mano dura, controló la situación y dio nuevo impulso a una entidad que parecía definitivamente hundida. No se han resuelto todos los problemas de una entidad tanto tiempo postrada, pero al menos las dificultades empiezan a superarse y se respira un nuevo clima político.

Preludio de Mejores Tiempos

Cuando un gobernador del que ya he hablado, Caritino Maldonado, inició de hecho una etapa pacífica y constructiva, de buenos augurios, un desgraciado accidente aéreo cortó su existencia. Cuando no era la iracundia sistematizada eran los hechos aleatorios los que jugaban su tetrico papel.

Pero la esperanza solia renacer. Un nuevo gobierno, encabezado por Israel Nogueta Otero, dio la impresion de que iba a iniciar la etapa de ascenso. Desgraciadamente no fue asi. Surgieron diversos trastornos que llevaron a otro desquiciamiento, como fue la desaparicion de poderes que echaron por tierra al gobierno de Nogueta. Las cosas se habian vuelto a enredar a causa de una disputa de terrenos en un lugar cercano a Acapulco, llamado El Coloso, y como se involucro al propio Nogueta en los hechos

irregulares, ignoro si con fundamento o no, sobrevino otro deterioro político consistente en el desafuero, por resolución de la Comisión Permanente del Congreso Federal, de Noguera Otero. Parecía interminable el calvario guerrerense de gobiernos efímeros e inestables.

Después de estos trastornos el ingeniero Rubén Figueroa asumió el gobierno local bajo la administración del presidente Echeverría y el Estado volvió a una etapa relativamente tranquila. El mandatario local abordó y resolvió problemas que habían sido largamente postergados, como la introducción de agua potable a Chilpancingo y otras obras que mejoraron la situación de la entidad.

Como un oasis en tierra árida y desafiante se erigió el gobierno de un distinguido jurista, Alejandro Cervantes Delgado, quien le imprimió a su régimen un carácter de pulcritud y honestidad que todavía se recuerda con aprecio.

No puede decirse, sin embargo, que los guerrerenses han dado por liquidados litigios y quejas. Aguas Blancas es una herida que aún no cierra, pero nadie, de entre quienes podrían hacerlo, se atreven a tocarla con afán curativo. Es de esos agravios que van acumulándose y que ojalá algún día no

vaya a estallar para que luego los políticos y escritores amnésicos le reprochen a los guerrerenses un carácter belicoso cuyo origen verdadero suele olvidarse. Porque Aguas Blancas es un problema del subconsciente colectivo que opera continuamente y queda como un adeudo histórico que es, de hecho, un explosivo ingrediente soterrado, capaz de estallar en determinado momento.

Retrocedo algunos años, la ruta de ascenso institucional cobró brío con José Francisco Ruiz Massieu, exponente de un nuevo estilo de gobierno, dinámico y creativo, lleno de modernidad y con medidas que empezaron a modificar positivamente la vida de la entidad. Ruiz Massieu se proyectó como gran innovador de la política guerrerense. Fue un magnífico escritor y un inigualable promotor de cultura. Alentó con nuevo sentido la política guerrerense al darle una tónica nueva, saturada de muy positivas perspectivas a largo plazo; una etapa prometedora que, de haber subsistido, habría elevado mucho la existencia política de la entidad.

Ruiz Massieu, inicualemente asesinado cuando desempeñaba la Secretaría General del PRI, dejó en su sexenio una huella positiva en el Estado, notablemente notoria por el grado de civilidad que le im-

primió y por su propio estilo individual de hombre conciliador, culto y de gran inventiva.

El hombre que lo sucedió, Alejandro Cervantes Delgado, también dejó huella de trabajo y pulcritud. Maestro y economista, distinguido por su seriedad personal y su ponderada honestidad, cubrió un positivo tramo de la vida de Guerrero que le ha sido reconocida sin regateos por propios y extraños. A sus dotes de gobernante agregó los de un buen conecedor de la política nacional. Maestro de origen, como ya dije, su vida ha consistido en un magisterio político bien ejercido que lo ubica en la historia del Estado como uno de sus mejores conductores. Del actual gobernante, René Juárez Cisneros, se espera una fructífera administración que, de producirse así, habrá de prorrogar, con visos de renovado optimismo, esta etapa de la entidad en la que aparece predominar su innegable institucionalidad.

¿Qué es Ahora Guerrero?

Sin negar que la entidad ha remontado un camino de buenas perspectivas, muchos problemas siguen latentes y otros parecerían agudizarse, sobre todo porque gente de baja estofa, incapaz de retomar con acierto y probidad el camino del ascenso, parecería que pretende retrotraer la entidad a un moderno caciquismo, tan agobiante como el de otros tiempos. Guerrero ya no está para estas fiestas y el gobernador René Juárez Cisneros será el responsable de que el terruño no vuelva a caer en el influyentismo caciquil que tanto y tan lamentable esfuerzo ha costado aminorar.

Ojalá y Guerrero no desbarre en algo parecido a lo que fue el porfirismo en su última etapa: prosperidad material, sobre todo en Acapulco, pero depresión de la vida cívica con caciquismo aerodinámico

y con caprichos que harían retroceder al Estado a nefastas épocas superadas.

Tengo la impresión de que Juárez Cisneros se esfuerza por hacer un buen gobierno, pero, ¿habrá de permitírsele la omnipotencia rediviva, anacrónica, fatal por lo visto, que envuelta en un falso modernismo, tanto como en la opulencia, podría volver a ensombrecer la vida de la entidad?

Ni complacencias, ni timidez, ni compromisos inconfesables, ni temor al poderío económico, son los recursos morales y políticos para gobernar bien a Guerrero en esta etapa crucial, de la que depende su futuro en mucho tiempo. No pocos coterráneos piensan que podamos volver a las noches tétricas de un pasado más que caduco, cuando hoy se necesita, más que nunca, de la templanza de sus mejores hijos, de la luz de una nueva democracia y de métodos realmente fundados en el interés popular que contribuyan a poner el Estado a tono con el esfuerzo que realiza el licenciado Ernesto Zedillo en escala nacional.

GUERRERO:

Un pasado aciago, un porvenir promisorio

Se terminó de imprimir en el mes de abril del año 2000; sus interiores se elaboraron en papel Couché Mate de 90 kg.; la portada en Couché de 169.5 Kg.; con un tiraje de 2,000 ejemplares.

IMPRESO Y DISEÑADO EN LOS
TALLERES GRAFICOS
DE LA



AV. CONGRESO DE LA UNIÓN 96 COL. EL PARQUE.
DELEG. VEHUATIANO CARRANZA, 19890 MÉXICO, D.F.;
TELÉFONOS: 528-1392 (DÍO.) Y CONTA. 528-1300, EXT. 3067



**ESTADO
DE
GUERRERO**